

ANA CAPSIR
MIL VIAJES A ÍTACA
UNA VISIÓN PERSONAL SOBRE GRECIA



EDICIONES
CASIOPEA

MIL VIAJES A ÍTACA

Ana Capsir Brasas

MIL VIAJES A ÍTACA

Una visión personal sobre Grecia



EDICIONES
CASIOPEA

© Ana Capsir Brasas, 2017
© Casiopea Ediciones, 2017

Depósito legal: M-15359-2017
ISBN: 978-84-947247-0-1

Diseño de cubierta:
MarianaEguaras.com

Maquetación:
Pablo Barrio

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, por Ana Capsir Brasas	13
CAPÍTULO I	
EL MAR EGEO Y SUS ISLAS	19
EL NORTE.....	21
LAS ESPÓRADAS. SABORES OLVIDADOS.....	23
SKYROS: EL ACUERDO	29
AGIOS STRATIOS: EL CAPITÁN POBRECILLO	37
TASOS: LOS BÁRBAROS	43
SAMOTRACIA: LA MONTAÑA MÁGICA	49
EVIA: EL ESTRECHO DE KAFIREA	55
LIMNOS: UNA SOPA.....	59
LIMNOS: PERROS DE LA HISTORIA	63
LIMNOS: PERROS DE LA REVOLUCIÓN.....	69
LAS CÍCLADAS.....	73
AMORGÓS: LOS AZULES DE AMORGÓS.....	75
SIFNOS: ME COMPRÉ UNAS CACEROLAS	79
SÉRIFOS LOS TIEMPOS PERDIDOS	85
RINIÁ Y DELOS: LOS FANTASMAS DE RINIÁ.....	91

KEA: DONDE HAY BURROS HAY ESPERANZA	95
KITHNOS: LOS COLORES	101
DONOUSIA: LA MAGA	103
SKINOUSA: ESTO ES GRECIA	109
MILOS: LA SIRENA.....	115
SANTORINI Y THIRASIÁ:	
LOS CONTRASTES DEL MAR.....	119
ANAFI: LOS PESCADORES FANFARRONES	125
SYROS: EL NOMBRE DEL VIENTO	131
KOUFOUNISI: ISLAS PARA NAUFRAGAR.....	137
DODECANESO	141
EL SECRETO DE UNA ISLA.....	143
LOS PIRATAS DE FURNI.....	147
LA CABRA DE MARATHI	151
LEROS: LA ISLA MALDITA.....	155
KÍNAROS: DIOSES, HÉROES Y ALCACHOFAS.....	159
ASTIPALEA: LAS BUENAS MANIOBRAS	
LLEVAN A BUENOS PUERTOS.....	163
ASTIPALEA: LA LUZ Y LA POBREZA.....	169
SIMI: DE CÓMO UNA ISLA SE ELEVÓ A LOS CIELOS..	175
CRETA Y LOS PÁJAROS	181
GOLFO SARÓNICO	189
SPETSES: BARCOS O BARCAS	191
STEPSES: AL DESGUACE CON LA BELLEZA.....	197
KORFÓS, EGINA Y POROS:	
TABERNAS ENCADENADAS.....	201

CAPÍTULO II

EL MAR JÓNICO Y SUS ISLAS	205
ÍTACA: MIL VIAJES A ÍTACA.....	207
ÍTACA: EL CARTERO SIEMPRE LLAMA DOS VECES...	213
ÍTACA: LA HISTORIA INTERMINABLE.....	217
LAS ESTROFÁDES: LAS ISLAS SIN RETORNO	221
SKORPIOS: LEYENDAS DE SKORPIOS.....	227
SKORPIOS: EL CANARIO QUE ME AMÓ	233
ZÁKINTHOS: NAUFRAGIOS Y TURISTAS.....	237
CEFALONIA: DOS MUJERES	
Y UN CADÁVER EGREGIO.....	243
MEGANISI: LA CUEVA DEL SUBMARINO	249
MEGANISI: HAWÁI O BOMBAY, QUÉ MÁS DA.....	253
MEGANISI: El Señor del perrito	257
KASTÓS: LA CARTERA	261
KÁLAMOS	263
PAXOS: PAN Y ACEITE	267
EL AQUELÓO: EL PRÍNCIPE DE LOS RÍOS.....	273

CAPÍTULO III

EL PELOPONESO	279
PAN Y PIEDRAS DEL MÁNI.....	281
EL ORÁCULO DEL SUR.....	285
BUSCANDO EL HADES	289
LA MIEL DE AFRODITA.....	295
ACEITUNAS.....	299
LOS CHICOS DE GYTHIO.....	303

LA TABERNA PÚRPURA	309
ESTA NOCHE ROMPEMOS	315
ELAFÓNISOS: SELENE Y ENDIMIÓN.....	319

CAPÍTULO IV

OTROS MARES.....	325
TRIZONIA: LA ISLA “CUENTACUENTOS”	327
ESTAMBUL: EN LA CIUDAD	335
PRÉVEZA. GOLFO ANVRÁKIKO: LAS SARDINAS DE AKTION Y DOS TRÁGICOS PERSONAJES.....	337

CAPÍTULO V

LEFKADA Y EVGIROS.....	349
LA CASA.....	351
ESCOMBROS, DEDALES Y FOTOGRAFÍAS.....	357
EL SALTO.....	363
VENTANAS AZULES.....	367
EL COLCHÓN.....	371
EL PESCADOR	377
PECES FURTIVOS.....	381
EL CAFÉ	387
EL BAILE DEL ÁGUILA.....	391
HUEVOS GRIEGOS.....	395
EL TELESCOPIO DE CONSTANTINA.....	397
MI VECINO NO ES MUY DISCRETO, QUE DIGAMOS... 401	
EL PROGRESO	403
PAN BRUJO	407
CALABACINES CON SENTIMIENTO	413

LA TABERNA DE MARÍA.....	417
SOSTIENE MARÍA.....	419
CASI NO LLEGAMOS AL CONCIERTO.....	423
EL MECÁNICO.....	427
LA SERPIENTE	431
LA INVITACIÓN A CENAR	435
EPÍLOGO	439

PRESENTACIÓN

Este es un relato de un viaje nostálgico. Con la pura esencia griega de los “*nostos*”, las aventuras de un retorno marítimo en una nave no totalmente física sino también del espíritu y del crecimiento interior, la transformación antes de volver a casa. Como en la Odisea, el que partió y el que llegó tras sucesivos naufragios y desembarcos en orillas desconocidas, no es el mismo. En toda aventura debe haber un viento; el que nos empuja para concluir y el que nos da la energía vital. Si nos falta, languidecemos. El que impulsa en la dirección adecuada. Y aquí entra en acción la segunda parte de la palabra: lo álgico, el dolor, la pena por la distancia. Ulises no hubiera vuelto de no ser por su añoranza. Lo curioso sucede cuando la añoranza surge de la tierra recién descubierta más que del hogar dejado atrás.

Hace algunos años comencé a escribir un blog sobre mis navegaciones por Grecia abandonando la secuencia racional del viaje, pues, al fin y al cabo, no era uno solo sino muchos los que intentaba relatar extendidos en el tiempo fugaz que abarca veinticinco años. Durante estos múltiples periplos encontré

que el acento y la gracia no siempre están donde uno busca, sino que más bien salen a tu encuentro disfrazados de simples conversaciones e incidentes, si tú estás predispuesto para ello y sabes entornar tus ojos humildemente para verlos. Todo en Grecia me parecía cautivador y emocionante cuando la conocí, e incluso ahora, cuando se pierde un poco de inocencia y de frescura, no hay día heleno que no me recompense con una sana felicidad.

El misterio griego es esa sensación inquietante, ese aire denso lleno de olores, sonidos, sentimientos y reflexiones de otros que ya pasaron por aquí y los dejaron prendidos de las piedras; nosotros los recuperamos y los hacemos nuestros. El extranjero sensible contempla a la vez el paisaje real y las imágenes atascadas de su infancia, donde valientes personajes desafiaban a dioses e inclemencias en su camino para alcanzar la *areté*, la excelencia y pedían morir con honor antes que una vida anodina.

Pero hay algo más, algo muy particular e intransferible, esa circunstancia concreta que hace que todo cambie. Para mí, la chispa la encendió un sencillo viaje en autobús, un hecho fortuito y simplón que me hizo caer en la cuenta de que me estaba enamorando. Cuando te enamoras, ya todo se precipita como un torrente imparable y aunque no quieras, sale de tus dedos como una cinta de raso brillante y limpia que puede llegar a estrangularte gratamente. No hice caso de la canción: “... *al lugar donde fuiste feliz no debieras tratar de volver*”, porque creo que en cada rincón acostumbrado, incluido el de tu propia habitación, es posi-

ble que se esconda la clave para escribir veinticinco años de tu historia.

Hace ya muchos años tuve que subir a un autobús desde Préveza hasta Atenas; siete horas de trayecto esperado, nueve de real. Los autobuses de la KTEL son estatales pero cada municipio tiene los suyos propios. Eran otros tiempos, tiempos de dracmas y tiempos donde a Préveza no iban muchos turistas y tiempos, por tanto, en los que había pocos autobuses. Se vendía dos tipos de billetes: completos, con derecho a sentarse y ¿cómo los llamaría yo?: “los “incompletos”. Si el autobús se llenaba, los pobres “incompletos “iban de pie. El autobús se llenó.

El rechoncho autocar resoplaba en cada curva, subía montañas, bajaba valles y paraba en toditos todos los pueblos que encontrábamos. Y paraba si el Pope tenía que recoger un paquete y paraba si alguien le daba el alto por la carretera y paraba si una madre suplicante arrastrando a un niño impaciente se lo pedía

—¡No puede aguantar más la criatura! –se quejaba.

El sol iba subiendo y la temperatura dentro del autobús del mismo modo. Los pasillos llenos de cestas de huevos a punto de implosionar, de garrafas de vino, de frutas multicolores y botellas de agua que corrían de asiento en asiento. Los “incompletos” suspiraban, se sofocaban y se apoyaban en cualquier respaldo. Era como una olla de garbanzos. Pero antes de que alguien sucumbiera y se desmayara, apareció un espontáneo y cedió su asiento a uno de los que viajaban de pie.

—Siéntese usted por un rato –le dijo.

El hombre se sentaba agradecido limpiándose las gotas de sudor, mientras el voluntario se acomodaba en el pasillo con una resignación admirable. Luego surgió otro voluntario y más tarde otro...y otro y otro. Todos los “incompletos” tuvieron su periodo de descanso que agradecían con efusividad, mientras los sacrificados compañeros, permanecían de pie hasta que alguien les cediese el asiento o volvieran al suyo propio. Era un baile de pasajeros de lo más entretenido.

En algún momento de este viaje, no recuerdo en cuál, tuve la certeza de que me había enamorado y de que mi relación con Grecia no sería cosa pasajera. Miraba embelesada algo que fui constataando a lo largo de mis sucesivos regresos al país y de lo que podría poner cientos de ejemplos: la capacidad de autogestión de esta gente. El estado griego era pobre, hoy miserable, pero ellos inventaban una forma alternativa de funcionar que suplía esas carencias: la solidaridad como sistema de sobrevivir en aquel autobús y que luego exportaban, pude verificarlo, a la vida en general.

Y una vez sucedido esto, apareció la nostalgia, siempre debería regresar. Y así fue, una y otra vez hasta llegar a veinticinco años. Pero el viaje no permite relaciones estrechas y duraderas, para eso es necesario asentarse y echar raíces. De las historias que van rellorando una vida, son las disparatadas, a la larga, las más enriquecedoras. Si hubieras reflexionado, nunca las habrías vivido, lo cual hubiese sido lamentable. La decisión de vivir en una isla

griega me ha traído de la mano una serie de experiencias y relaciones tan extravagantes, que merecen la pena ser contadas. Así nacieron las historias de Evgiros, en un afán de describir, personajes de carne y hueso a los que la familiaridad y el cariño, me permiten llamarlos por su nombre y mostrar esa sabiduría, o quizás, llamémosle locura elemental y cándida que irradia este país.

Grecia es un país claramente diferenciado en dos. Su vertiente egea, más oriental, y condicionada por el Meltemi, su viento, que está presente hasta en las letras de sus canciones y deja el paisaje mondo y despoblado, con mucha roca y poca tierra, donde los árboles no pueden establecerse y sus semillas pasan volando al compás de una música alegre de ritmos pegadizos. Frente a tamaña hostilidad meteorológica, responde con los pueblos cúbicos más hermosos, más blancos y más azules, de terrazas eternas, con poca agua, mucho mar y toda la luz a la que se puede aspirar. Por otro lado, su faceta occidental, el Jónico, lo veneciano, la lluvia y los bosques verdes, los cipreses, los fecundos campos, la dulzura y la música de cadencias italianas. Los mares profundos que se tornan amarillos en primavera por el polen, verdaderas oleadas de supervivencia que parten a colonizar nuevas tierras. Frente a esta apacible melancolía, los pueblos pasteles, los colores dulzones, el disparo de las flores, los ríos, los helechos, los zorros, los tejados rojos, los porches y galerías. La verdadera patria de Ulises y del retorno.

He agrupado por tanto los relatos en cinco grupos por los motivos anteriormente descritos: el del Egeo y sus islas, el del Jónico, zona más familiar para mí, el Peloponeso, como zona de transición entre ambas partes de Grecia. Tuve que añadir otra cuarta, pues siempre hay lugares que encajan mal en las divisiones geográficas convencionales; titulé a este cajón de sastre como “Otros mares” para incluir puertos que tenían tampoco en común como Estambul, Trizonia o Préveza. Y por último Lefkada, donde está mi casa. Podría haber sido cualquier otra clasificación, o bien ninguna, como una colección desordenada, una combinación puntillista de brochazos incoherentes que cada cuál puede utilizar para componer su propio cuadro. Pero eso, es trabajo del lector.

Para transcribir las palabras griegas no traducibles, he seguido un poco el método que utilizan ellos en sus carteles y señales, salvo en casos donde los sonidos del castellano se acoplan bien a los fonemas de la lengua griega; ambos idiomas fonéticos donde las transcripciones habituales están más enfocadas a un público angloparlante.

ANA CAPSIR BRASAS

CAPÍTULO I

EL MAR EGEO Y SUS ISLAS

EL NORTE

LAS ESPÓRADAS

SABORES OLVIDADOS

No teníamos muchos deseos de volver a las Espóradas del norte porque estuvimos en ellas cuando solo eran unas islas anónimas, antes, mucho antes de que se hicieran famosas por una película, y todo el mundo las descubriera de golpe. Pero teníamos un compromiso, eufemismo, por trabajo, y estábamos resignados a tragarnos el “Mama Mía” que hiciera falta. Cuando las conocimos, era casi imposible encontrar un sitio en los puertos, pues estaba todo repleto de barquitas de pesca y debías pedirles por favor, que te hicieran un hueco. Me acuerdo de llegar a Patitiri, el puerto de Alónisos, y tener que colocarnos cerca del ferry en la entrada. Todavía no había aparecido la primavera, pero no hacía mucho frío. Estábamos sentados en la bañera del barco contemplando la tarde, cuando se acercó a saludar el marinero que vigilaba el Ferry por la noche. Lo de siempre:

—¿Bandera España?

—Sí. Yo barco grande, conozco Málaga, La Coruña, Cádiz.

La cantinela de la generación que se embarcó para no pasar hambre. Con su poco español y nuestro peor griego de entonces, le invitamos a tomar un café y una copita, acompañado por una pastilla

de chocolate para endulzar. No sé de qué chorradas hablaríamos, pero las horas pasaron volando. Cuando ya se nos gastaron todos los “dimes y diretes”, se despidió, se metió la pastilla de chocolate en el bolsillo y nos dijo:

—Gracias, muchas gracias por la *parea*.

Es decir, gracias por la charla, la pizca de amistad, las noticias de fuera, la compañía, el café, los recuerdos de mis viajes, el entretenimiento, el tiempo que habéis gastado conmigo. Todo eso quería decir esa frase escueta de ese hombre solitario que se iba, eso sí, con nuestro chocolate en el bolsillo. Me empezaron a gustar estos griegos con desparpajo, pero a la vez sensibles de valorar las cosas simples.

De las Espóradas también recuerdo sus calamares. Siempre he sido una obsesa de estos moluscos, mi comida favorita desde la infancia cuando mi madre me preguntaba:

—¿Qué quieres que prepare para tu cumpleaños?

—Calamares en su tinta –respondía siempre.

El recuerdo de aquellos trocitos aromáticos y ennegrecidos es algo que se pierde en la niebla cerebral, porque, aunque mi madre los sigue cocinando de la misma forma, los animales no son los mismos ahora, ni saben lo mismo, ni tienen la misma textura ni las aletas donde deben. Pero para mi sorpresa, todo un mundo de imágenes evocadoras explotó en mi boca al probar un ejemplar de las Espóradas cuando llegamos aquel lejano año de principios de los noventa. Fritos o a la plancha, despedían un

perfume que hacía volutas con mis recuerdos. En concreto, había un sitio en Stení Vala, un pequeño puerto de Alónisos, donde valía la pena ir solo para comer calamares. Te servían el platazo y se acababa de golpe el olor a pinos y aliagas. Esta vez, veinte años después, venía dispuesta a comer calamares hasta que me diera un cólico miserere.

Las islas no han cambiado mucho, afortunadamente, pero sí que algunas, como Skiathos, se han vaciado de contenido para dar cabida a los turistas; nunca lo entenderé. Las barquitas han desaparecido para que amarren los yates y es imposible encontrar una panadería o una tienda en lo que originariamente fue el pueblo, pues las han trasladado al extrarradio y el bonito casco de callejas estrechas solo alberga hoy habitaciones de alquiler, tiendas de ropa, souvenirs, heladerías y restaurantes. Bastante desolado fuera de temporada. Todo es “Mama mía”: batidos, pizzas, excursiones, restaurantes y hasta en el cine local, un cartel anunciaba el pase de la película tres veces por semana. Lo curioso es que la mayor parte de la comedia musical no está rodada aquí sino en el Pelión, pero eso no importa al turista que reserva un viaje desde Estocolmo, mientras se graba las canciones de Abba en el iPod.

También hay cosas positivas, todo hay que decirlo, como la recuperación del antiguo pueblo de Alónisos, antes abandonado en la montaña, que ahora tiene quien lo cuida y lo habita.

Tuvimos esta vez un tiempo infame y si de algo adolece este archipiélago es de buenos puertos

para pasar el mal viento, el malo de verdad, ese que sopla con fuerza de temporal cada vez de una dirección; en todos los sitios nos movíamos como pulgas en una coctelera. Salíamos pitando de una noche incómoda, entre aguaceros, para ir a parar a otra noche de pesadilla. Yo en todos los sitios pedía calamares. Nada.

Perdí la esperanza a base de empacharme a buñuelos refritos sin sabor. Y lo peor fue que perdí la fe. Sumida en un mar de dudas, barajé la posibilidad de darme a otros cultos de peces o crustáceos, pero cuando te entra la desgana y el desinterés, ya es tarde. Me convertí en atea y me resigné a un mundo triste de sabores uniformes, –ya fuera pollo, huevo o calamar–, de comidas distinguibles solo por su color. El mundo “Burger”, sin dioses ni héroes cefalópodos.

Fue particularmente desagradable la noche que pasamos en Patitiri, donde esta vez no pudimos bajar ni para dar una vuelta. Los barcos íbamos y veníamos como peonzas, y al vecino estuvo punto de saltarle el molinete por los aires por no ponerle a la cadena un cabo como seguro. Cada vez que el barco salía lanzado con la ola, se tensaban las amarras y nos quedábamos vibrando y resonando como la tripa de un tambor. Habíamos dado una amarra de cabo acolchado en un costado y no una de las trenzadas. Podrá parecer una tontería, pero al cambiarla el barco dejó de pegar socollazos bruscos y comenzó un ir y venir acompasado gracias a la elasticidad de la trenza. Cuestan un potosí, pero en estos momentos agradece haberte gasta-

do el dinero y constatas que una amarra buena es un cabo especial y no una ganga o cualquier escota vieja que ahorre dos duros.

En el momento que amainó un poco la lluvia y aprovechando el viento del norte, decidimos partir hacia el sur, a buscar mejores temperaturas. Antes de irnos, al hacer la compra, nos acercamos a un pesquero que se había abarloado al muelle a descargar y en el que los marineros vendían el rancho que les tocaba como parte de la paga. Tenían pescadito pequeño con muy buen aspecto, pero la posibilidad de freír a bordo con el tiempo que hacía no era algo a contemplar. Cuando ya nos íbamos, me hizo una seña con la mano para que esperara, se fue a buscar en uno de sus cubos y me enseñó un calamar; un hermoso ejemplar de piel de reflejos morados y rojizos, con unos ojazos penetrantes y brillantes de lluvia ¡con las aletas en la punta como una flecha de Eros!

Salimos de allí con cerca de dos kilos de calamares por un precio miserable. Me puse a limpiarlos enseguida y según los abría y les separaba sus tintas tersas y enteras, me entró el perfume de la revelación. Y cuando los eché en la cazuela los reconocí de inmediato, volví a creer, me convertí de nuevo, recuperé mi fe y mi devoción.

Dejamos una traza de olor por todo el puerto y el lamento de los gatos congregados frente a la pasarela al soltar las amarras.

SKYROS

EL ACUERDO

Islas, islas. Islas como Skyros que te perturban, que te “roban el alma y la estremecen del mismo modo que el viento de las montañas azota, golpea sobre las encinas ululando”, como diría Safo. Te dejan partidifuso y enamorado como a un tonto adolescente. No siempre es amor a primera vista, sino que requiere de segundas y sucesivas visiones para que caiga el rayo cegador, la flecha venenosa que te convertirá en adorador embelesado.

Si de algo adolecemos los navegantes con frecuencia es de la falta de curiosidad por todo aquello que suceda más allá de un kilómetro del puerto. Arribar, amarrar y zarpar al día siguiente. Ese viento favorable, ese tiempo escaso, la impaciencia, la codicia de ver cuanto más mejor y de sentir que lo has conquistado. Pero en Grecia, solamente puedes decir que has estado en una isla, después de un tiempo, después de aburrirte o de enamorarte en ella.

No era la primera vez que recalábamos en Skyros, pero en esta ocasión no teníamos muchas ganas de ir al puerto, sino de quedarnos fondeados en algún sitio bien protegido.

—Solo queremos agua y nos vamos

—¿Por qué tenéis tanta prisa? ¡Estáis en la isla más bonita y en la mejor marina de Grecia! El agua, la luz y el WiFi son una cortesía de todos los comerciantes y bares de Lynariá para que tengáis una feliz estancia. Además, disponéis allí de una pequeña biblioteca para pasar el rato y de estos carritos por si tenéis que ir a comprar ¿De verdad que os vais a ir?

El puerto de Lynariá estaba impoluto porque Giorgos, así se llamaba su responsable, no paraba de barrer y limpiar a todas horas, los carritos eran nuevos y relucientes y en la biblioteca había hasta algún derrotero para consultar; tenía mérito, porque vimos uno de la costa turca, el enemigo y competencia. En una esquina destacaban unos grandes bidones de recogida de aceites, uno de grasas minerales y otro alimentario, –también acabados de comprar–, y muchos, muchos banquitos para contemplar la puesta de sol. El lugar era limpio, amable y luminoso y la gente sonreía siempre. O era un holograma de Corea del norte o era el puerto Xanadú.

—¿Tenéis lavandería? –preguntamos.

—Sí, claro: en aquella casa. Y alquiler de motos y coches y autobús y supermercado y café y...

—¿Quién puede alquilarnos una moto?

—Yo mismo.

Era elemental, y esta gente lo había entendido; no habían necesitado grandes tratados económicos ni think-tanks”: Socializamos los gastos y socializamos los ingresos y lo más difícil, habían llegado a

un acuerdo. Esto era un auténtico puerto-cooperativa. Una idea emocionante.

Si se cobra un precio por el amarre, los barcos acaban por huir y la única que ingresa es la marina, normalmente una concesión a una empresa ajena a la isla “que toma el dinero y corre”; a lo sumo crea unos pocos puestos de trabajo estacionales, y paga a la comunidad el precio de la concesión, pero “se la sopla” si sus clientes luego se lo gastan en el pueblo o no, una vez que se han arruinado pagándoles a ellos. Aquello suponía algo así como el New Deal de Roosevelt en Skyros.

Era curioso ver como de vez en cuando se acercaba un vecino y colgaba en el tablón de anuncios los servicios que él ofrecía: taxi, microbús, supermercado, mecánica..., cualquiera podía poner su oferta.

Nos dio alegría la respuesta de Giorgos cuando le preguntamos qué tal había ido el verano:

—¡Muy bien! ¡Estupendamente para todos!

Era la primera vez que alguien me respondía así en la Grecia arruinada de la crisis profunda. Les deseé de todo corazón que su experimento fuera un éxito y siguiera así mucho tiempo, su ilusión era contagiosa; la ilusión de quien sabe que tiene razón y se lanza a conseguirlo.

Skyros, aunque administrativamente pertenezca a las Espóradas del Norte, bien podría ser una Cíclada, una isla del centro del Egeo. Tiene en común con ellas el viento de Meltemi, furioso en el verano, que deja el ambiente limpio, la tierra vacía y la Jora blanca prendida a la montaña. Pero pron-

to adviertes que Skyros es más serena y sosegada que sus primas del sur. A las señoras de las Joras de las Cícladas y de gran parte del Egeo les encanta darle al pincel para colorear un poco esa blancura cegadora. Pintan rejas y ventanas, cúpulas y terrazas, pintan sus chimeneas, sus macetas, los árboles y las piedras. Hasta algún perro dormido y despistado podría ser objeto de la brocha de una *kiría* (señora) entusiasmada. Pintan preferentemente de azul, pero también hay rojos y verdes.

Skyros, sin embargo, es más sencilla y discreta. Una guapa muchacha que odia el maquillaje. Los colores de esta isla, aparte del blanco, son ocres, azules pálidos y amarillos discretos; dejan que el mar y el cielo tiñan el resto. Es tranquila, silenciosa, brillante y sus habitantes sonrientes y amables dan la impresión de vivir en una Arcadia feliz.

La parte norte de la isla está habitada, aunque eso, es mucho exagerar; allí se encuentra la Jora, el puerto, las ermitas al borde del mar y los establos de caballos enanos, descendientes de una raza que trajo Alejandro Magno. Vi tantos, que pregunté:

—¿Para qué los utilizáis?, ¿para carne?

Yo solo esperaba una respuesta negativa, pero él me miró horrorizado, solo de pensar en comerse a esos dulces caballitos. ¡Qué salvajada!

—Los utilizamos para abonar la faba.

La faba es una legumbre y también un plato famoso del Egeo, un puré que se sirve con aceite y limón. No es una especialidad que me entusiasme, pero algo tan delicado como para crecer mejor entre cacas de caballo enano que con las de vaca o

